

Los dilemas de la nueva izquierda gobernante en América Latina.

Carlos Moreira*

Resumen

Luego de dos décadas de modelo neoliberal, una ola de gobiernos de izquierda sacude América latina. En apenas un lustro, la geografía política del continente se ha ido transformando y esta situación plantea –al menos- cuatro dilemas: 1. ¿en qué sentido se puede hablar de una ola homogénea de nuevos gobiernos latinoamericanos?; 2. ¿en qué medida significarán un cambio en los modos de hacer política en el continente?; 3. ¿hasta qué punto darán una respuesta eficiente a la crisis social de la etapa post reformas de mercado?; y 4. ¿cuáles son las ideas con las que se va a gobernar de aquí en más gran parte de América Latina?

Con el objetivo de abordar estas cuestiones, exploramos a continuación los modelos de gobernabilidad que emergen del mapa político latinoamericano, tomando en cuenta tres dimensiones: la institucional, la de políticas públicas y la simbólica. Las conclusiones –un tanto provisionarias dada la contemporaneidad de los acontecimientos-, confirman que estamos ante procesos decisivos para la historia de la izquierda latinoamericana.

*Politólogo (FLACSO-Uruguay).

Cuando el domingo 5 de noviembre de 2006 Daniel Ortega fue elegido presidente de Nicaragua con el 40% de los votos emitidos (el mismo porcentaje que, en 1990, le significó perder ese lugar a manos de Violeta Chamorro) se confirmó la vigencia del sandinismo en el imaginario político nicaragüense. Si bien es cierto que las divisiones de la derecha de ese país facilitaron su victoria (de haber estado unida, se dice, Ortega habría sido derrotado fácilmente), o que un discurso de fuerte condena del aborto y la presencia de un ex “contra” como candidato a Vicepresidente ponen en entredicho la caracterización sin más del Frente Sandinista de Liberación Nacional como fuerza política de izquierda, existen expectativas que su gobierno se caracterizará por programas sociales de asistencia a los sectores más pobres y fórmulas de desarrollo en alguna medida alejadas del modelo imperante. En otras palabras, luego de dos décadas de neoliberalismo, el triunfo del ex comandante de la Revolución de 1979 suma a Nicaragua a la tendencia hacia la instalación de gobiernos de una nueva izquierda en la región.

En poco más de un lustro, la geografía política del continente se ha ido transformando. Al temprano ascenso de Hugo Chávez en Venezuela en 1999 se fueron agregando Lula da Silva en Brasil y Néstor Kirchner en Argentina en 2003, Tabaré Vázquez en Uruguay en 2005, y más recientemente, Evo Morales en Bolivia, y el propio Daniel Ortega en Nicaragua. El selecto grupo que marcó el giro a la izquierda del continente se completó con Ricardo Lagos y Michelle Bachelet, presidentes de Chile a partir de 2000 y 2006 respectivamente. Las fuerzas de esta nueva izquierda tienden a dominar el mapa político latinoamericano, dejando a la derecha gobernar en unos pocos países de Centroamérica, México y Colombia. Esta situación plantea –al menos- cuatro dilemas: 1. ¿En qué sentido se puede hablar de una ola homogénea de nuevos gobiernos latinoamericanos?; 2. ¿En qué medida significarán un cambio en los modos de hacer política en el continente?; 3. ¿Hasta qué punto darán una respuesta eficiente a la crisis social de la etapa post reformas de mercado?; y 4. ¿Cuáles son las ideas con las que se va a gobernar de aquí en más gran parte de América Latina?

Primer dilema: ¿homogeneidad o heterogeneidad?

Una encendida discusión se desarrolla actualmente entre los latinoamericanistas: ¿es posible considerar que la ola de gobiernos que sacude a América Latina contiene elementos y características que, mas allá de los matices, permiten hablar de una categoría homogénea? En caso afirmativo, ¿cuáles serían los aspectos que permitirían clasificarlos en la misma categoría? Y más aún, ¿cuál sería el nombre bajo el cuál deberían agruparse y estudiarse los nuevos gobiernos latinoamericanos nacidos en la etapa post Consenso de Washington?¹

Según la visión dominante, los nuevos gobiernos en América Latina representan dos modelos: por un lado, el de una izquierda racional y gradualista (Chile, Brasil y Uruguay), y por otro lado, el de una izquierda populista y rupturista (Venezuela y Bolivia).² En esta clasificación Argentina sería un caso híbrido o intermedio, y Perú y Nicaragua dos incógnitas a develar.

A partir de allí, las perspectivas académicas parecen bifurcarse por dos caminos: una serie de autores hacen énfasis en las diferencias de los modelos y sostienen que las características nacionales en la implementación de las políticas de reformas orientadas hacia el mercado, así como la evolución histórica del movimiento social y político de izquierda, tornan irreconciliables las discrepancias entre las experiencias socialdemócrata y populistas, por lo cuál es necesario abandonar todo intento de incluir estas experiencias en la misma categoría.³ Otra serie de autores, por su parte, admiten la existencia de los dos modelos pero resaltan la existencia de un campo común entre estas dos izquierdas, al que suelen denominar progresismo, y que se caracterizaría por la oposición al modelo neoliberal, el regreso a un Estado activo y la asociación equilibrada entre la

¹ Véase REYNOSO, D. “La tensión decisionista en América Latina”, Montevideo, 1er Congreso AUCIP, octubre 2006.

² LACLAU, E. “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana”, en *Nueva Sociedad* N° 205, setiembre-octubre 2006.

³ PETKOFF, T. “Las dos izquierdas”, en *Nueva Sociedad* N° 197, mayo-junio 2005; Paramio, L. “Giro a la izquierda y regreso al populismo”, en *Nueva Sociedad* N° 205, setiembre-octubre 2006.

iniciativa pública y privada.⁴ Esta postura concita la mayor parte de las adhesiones (también la nuestra) y tiene la virtud de no cerrar el camino al análisis comparativo. Dado que el término progresismo resulta algo ambiguo, preferimos nombrar a estos gobiernos como representantes de una nueva izquierda.

Obviamente, los nuevos liderazgos lejos están de significar una amenaza real para el capitalismo ni pueden ser considerados revolucionarios a la manera de Fidel Castro en Cuba a comienzos de los años '60. Es posible identificar, además, contrastes entre el panlatinoamericanismo militar de Chávez, el neoperonismo de Kirchner o el indigenismo nacionalista de Morales, así como entre el sesgo estatista y de izquierda populista de Chávez, Kirchner, Morales y posiblemente Ortega, y la tendencia más pro mercado y de izquierda reformista de Lula, Vázquez, Bachelet y García.⁵ Pero la *realpolitik* con que enfrentan sus responsabilidades de gobierno o las diferencias organizativas que presentan, no ocultan que los nuevos gobiernos se ubican en ese espacio común que va desde la izquierda a secas al centro izquierda, tanto por su crítica al modelo neoliberal como por inscribir en sus banderas algunos de los postulados programáticos más característicos de la izquierda latinoamericana: por un lado, el rechazo al papel internacional de Estados Unidos como gendarme del mundo y a los organismos internacionales como rectores de las políticas públicas del continente; y por otro lado, la revalorización de las funciones del Estado (con matices) frente al mercado, el compromiso de defender los acuerdos de integraciones regionales, los derechos humanos, la justicia social y la democratización de la sociedad y del sistema político. Por último, es innegable el peso que ha tenido que estos nuevos gobiernos se hayan autoidentificados como representantes de la nueva izquierda latinoamericana. Otros actores importantes, como Estados Unidos o los partidos de izquierda tradicional, han elaborado sus orientaciones políticas en función de

⁴ RAMIREZ GALLEGOS, F. "Mucho más que dos izquierdas", en *Nueva Sociedad* N° 205, septiembre-octubre 2006; CLACSO, *Concurso de Proyectos. Gobiernos progresistas en la era neoliberal: estructuras de poder y concepciones del desarrollo en América Latina y el Caribe*, setiembre-octubre 2006.

⁵ PANIZZA, F. "Volvió a la región el populismo clásico", en *La Nación*, junio 2006; LOZANO, W. "La izquierda latinoamericana en el poder. Interrogantes sobre un proceso en marcha", en *Nueva Sociedad*, N° 197, mayo-junio 2005

ello. Las fuerzas políticas que llegaron al gobierno, entonces, son expresiones de esta nueva izquierda latinoamericana porque rechazan al neoliberalismo como modelo de desarrollo, tienen un programa alternativo en ese sentido y así se presentaron en sociedad.

Segundo dilema: ¿democracia minimalista o participativa?

Es sabido que los gobiernos de la nueva izquierda deben enfrentar un contexto común de restricciones (fundamentalmente los intereses del capitalismo financiero y la agenda de problemas de los países centrales), y que esto les plantea límites importantes para el desarrollo de sus programas de políticas públicas.⁶ Sin embargo, existe un terreno donde los nuevos gobernantes tienen cierta autonomía respecto a las constricciones externas: el sistema político y las políticas sociales, paradójicamente allí donde unánimemente se considera que la herencia neoliberal ha sido más dramática. Es decir, los nuevos gobiernos parecen tener en sus manos los instrumentos para contrarrestar la baja calidad institucional democrática (incluyendo la deslegitimación del sistema político) y la incapacidad estatal para afrontar la desigualdad social.⁷ Veamos ambos aspectos.

Desde un punto de vista formal, los países donde la nueva izquierda gobierna cumplen con lo que Bobbio ha denominado “las reglas del juego” y Dahl “los requerimientos de la democracia”, esto es, voto secreto, sufragio universal, elecciones regulares, competencia partidaria, derecho de asociación, y responsabilidad de los gobernantes.⁸ En otras palabras, la nueva izquierda gobernante se presenta como una adecuada garantía para el funcionamiento

⁶ Véase RAUS, D. “Los nuevos gobiernos en América Latina. Contexto, programas y restricciones”, Sao Paulo, 3er. Congreso ALACIP, setiembre 2006.

⁷ Cfr. SACHS, J. D. “Los populistas pueden tener razón”, en *El País*, abril 2006, y CALDERON, F. G. “Panorama electoral en América latina: ¿qué reemplaza al modelo neoliberal?”, en *Nueva Sociedad. Democracia y política en América latina*, Edición Especial, marzo 2006.

⁸ BOBBIO, N. *El futuro de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996. DAHL, R. A. *La poliarquía. Participación y oposición*, Tecnos, Madrid, 1989.

minimalista de las instituciones democráticas, donde la ciudadanía política se ejerce sin restricciones y de manera universal, y en general, el pluralismo y la tolerancia caracterizan los procesos políticos. No es poca cosa, dado que en el pasado, la izquierda latinoamericana fue crítica permanente de la democracia formal, y solo después de las dictaduras de los años setenta se revalorizaron las instituciones democráticas desde un punto de vista estratégico y no meramente táctico.

Hay un aspecto complementario, sin embargo, que es necesario considerar. El funcionamiento de las instituciones democráticas permite clasificar a un país como democrático, pero nada sabemos sobre los grados de democratización política del mismo.⁹ Para ello debemos considerar las posibilidades de participación ciudadana y transparencia de los gobernantes. Que los gobiernos de la nueva izquierda hayan sido democráticamente elegidos y que esté asegurado que continuará siendo de esta manera, no implica decir mucho sobre la calidad de su funcionamiento institucional. A lo que se agrega que en América Latina el regular funcionamiento minimalista de la democracia muchas veces ha ocultado, como en el pasado reciente, profundas insatisfacciones de los ciudadanos respecto a la marginación a la que son sometidos por las instituciones democráticas, y a causa de demandas que no son adecuadamente representadas y satisfechas han surgido movimientos sociales radicalizados que critican a la democracia meramente electoralista. Por ello, si bien la democracia latinoamericana funcionó sin interrupciones durante las últimas dos décadas del siglo pasado, finalmente fue alcanzada por los procesos propios de una crisis de representación, incluyendo una extensión aguda de la apatía ciudadana y una inédita y paralela deslegitimación de los partidos políticos.¹⁰

Ahora bien, dado que la nueva izquierda había prometido insistentemente que de estar en el gobierno mejoraría la calidad de la democracia, con su arribo al ejecutivo la ciudadanía tuvo la esperanza que el hacer político iba a ser distinto.

⁹ O'DONNELL, G. "Teoría democrática y política comparada", en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, Vol. 39, N° 156, enero-marzo 2000.

¹⁰ CORPORACION LATINOBAROMETRO, *Informe Latinobarómetro 2005*, www.latinobarometro.org

Para algunos, la consigna “que se vayan todos” debería haberse traducido en la implementación de formas de democracia directa, y en todo caso, sin llegar a ese extremo, se creía que la nueva izquierda implicará una democratización de las instituciones, esto es, un aumento de las posibilidades de participación y de transparencia de la gestión.

Aunque algunos gobernantes de la nueva izquierda llevan poco tiempo instalados en la administración, y sería poco razonable pretender hacer aquí un balance definitivo, los datos empíricos muestran que poco ha ocurrido al respecto. Esto es, no se perciben indicios de una mejora de la calidad de la democracia tanto desde el punto de vista de la participación como de la transparencia de la gestión, y asistimos más bien a la consolidación de una democracia minimalista, de baja intensidad, centrada en los aspectos electorales.

En primer lugar, aunque el discurso de estos líderes y sus partidos representan un avance respecto a sus predecesores conservadores, las consignas más radicales ya han sido pasadas por el tamiz de la moderación, continuando una tendencia que se vislumbraba a medida que se acercaba el momento electoral. La moderación en el discurso generó, sin duda, un importante apoyo en la opinión pública, y esto permitió cerrar una fase de la crisis de representación, pero ha tenido como consecuencia menos positiva la casi desaparición del discurso público y de las acciones de los gobernantes de la cuestión de las innovaciones institucionales, necesarias para profundizar la democracia. Todo ello, claro está, ocurrió en un contexto regional de extrema fragilidad para la democracia donde en los últimos cinco años casi una decena de presidentes latinoamericanos electos debieron dejar su cargo antes de cumplir su mandato y la inestabilidad política del continente volvió a ser un tema de preocupación académica.¹¹ En definitiva, las intenciones originales a mejorar la democracia ceden su lugar a la preocupación por la estabilidad y el orden, relegando para mejor oportunidad la extensión de la participación y la puesta en funcionamiento de nuevos mecanismos de rendición de cuenta.

¹¹ ROJAS, F. La gobernabilidad en América Latina. Balance reciente y las tendencias a futuro, FLACSO, San José de Costa Rica, julio 2005.

En segundo lugar, y acaso esto pudiera parecer desconcertante, las formas de hacer política de los gobiernos de la nueva izquierda no han cambiado respecto a sus predecesores conservadores. En términos generales, los nuevos líderes han podido mantener bajo control las relaciones con el Congreso, la oposición y (en menor medida) con los gobiernos locales mediante la reproducción de mecanismos fraudulentos de compra de voluntades políticas, en la conducción disciplinada de bancadas parlamentarias mayoritarias, en la delegación de poderes legislativos, en la apatía política y en el ejercicio personalista del gobierno.¹²

Bajo la diversidad de orígenes, las fuerzas de la nueva izquierda gobernante piensan y hacen la política centrada en pocas personas y en mecanismos de gestión que no habilitan una mayor participación y rendición de cuentas a los ciudadanos que en la época precedente. De esta manera, parece irse postergando el sueño de la democracia latinoamericana como una empresa colectiva, transparente, centrada en el Parlamento, los partidos y las organizaciones de la sociedad civil.

Tercer dilema: ¿reducción de la pobreza o de la desigualdad social?

Los latinoamericanos vivimos en un continente peculiar, al menos en dos sentidos: es la segunda región más desigual del mundo (luego de África subsahariana), y conoció distintas versiones del populismo que siempre tuvieron como meta lograr la justicia social. Las distancias entre los grupos sociales son de tal magnitud que prácticamente se vuelven irreversibles para un individuo a lo largo de su vida, y sabido es que las lejanías sociales provocaron enormes explosiones políticas. En el pasado, la brecha entre ricos y pobres tendió a amortiguarse a través del accionar reformista del Estado, por la vía de concesiones pacíficas o conquistas

¹² Para los casos de Venezuela y Brasil, véase respectivamente los excelentes LOPEZ MAYA, M. *Del viernes negro al referendo revocatorio*, Caracas, Alfadil, 2006; y ZUCCO, C. “A governabilidade num segundo governo Lula”, Montevideo, 1er. Congreso AUCIP, octubre 2006.

arrancadas por la fuerza, aunque nunca se alcanzó un nivel de justicia social que evitara los estallidos violentos.

En este contexto, las reformas neoliberales de las últimas dos décadas no hicieron más que agravar la magnitud de los problemas. A través de las reformas laborales que pretendían flexibilizar el mercado de trabajo para incentivar la inversión privada, y que procedieron a desmontar sistemáticamente toda la protección estatal, se acentuaron las tendencias al crecimiento del desempleo, la informalidad y la baja del salario real. En consecuencia, sea que se determine la línea de pobreza según el método cuantitativo del ingreso del hogar y un paquete mínimo de alimentos, o sea que se utilice el método cualitativo de construir un índice de necesidades básicas insatisfechas, a los pobres estructurales ya existentes en el keynesianismo se agregaron los denominados nuevos pobres.

Entre los países considerados, Brasil, Bolivia, Nicaragua, Perú y Venezuela presentan indicadores de pobreza extrema combinados con diferencias sociales abismales y Argentina y Uruguay –que, hasta hace poco, tenían situaciones más moderadas– han visto duplicar el número de hogares pobres en los últimos veinte años.¹³ La situación de Chile, incluso, podría asemejarse a la de sus vecinos en cuanto se abandonen los criterios cepalinos y comiencen a usarse metodologías cualitativas para medir la pobreza.

De esta manera, se plantea una situación compleja para los gobiernos de la nueva izquierda, que deben implementar programas de políticas sociales y de generación de empleo que permiten dar cuenta de las demandas sociales más urgentes, sobre todo por que ello fue prometido en las instancias preelectorales.¹⁴ Aún no están claras las rutas de salida de esos programas sociales hacia transformaciones estructurales que reduzcan la distancia entre ricos y pobres, entre otras razones porque existe el temor que implementar las mismas podría significar que el continente quede en el mediano plazo nuevamente frente al

¹³ UNDP, *Human Development Report 2005*, Hoeschtetter Printing Co., New York, 2005.

¹⁴ MOREIRA, C “Entre lo sustancial y lo urgente. El (perturbador) dilema de los nuevos gobiernos de izquierda en América Latina”, en *Alternativas en América Latina. Los dilemas de la izquierda en el siglo XXI*, Buenos Aires, Instituto de Estudios sobre América Latina y el Caribe, 2006.

abismo de las quiebras institucionales. Las esperanzas de futuro de la justicia social y la gobernabilidad democrática en América Latina parecían estar así indisolublemente unidas.

Como primer paso, entonces, una vez instaladas las fuerzas de la nueva izquierda en el gobierno, las intenciones de alcanzar la justicia social y perpetuar la estabilidad institucional se transformó en numerosos programas sociales que en su mayoría consistieron en una asignación monetaria, aunque algunos –como en el caso de Venezuela– se implementaron combinándolos con la instalación de mercados populares que venden productos de primera necesidad a precios subsidiados, así como atención médica, planes de alfabetización y/o capacitación técnica a cargo del Estado.

Un primer acercamiento permite detectar que los mismos (y los favorables indicadores macroeconómicos que los acompañan) son una prolongación inercial de la fase neoliberal anterior. Si bien significaron una ampliación del número de beneficiarios y de las partidas presupuestarias destinadas a mejorar la situación de los sectores pobres, en su mayoría no significaron una ruptura o una novedad sino una continuidad con las políticas focalizadas de la fase tardía del neoliberalismo.

Por otra parte, un análisis más detenido de sus implementaciones, permite observar que por diversas razones se afectó el cumplimiento de las metas, y por ende, si bien la pobreza se reduce, lo hace a un ritmo inferior al esperado y los objetivos de desarrollo y justicia social comienzan a parecer inalcanzables al menos en un período de gobierno.¹⁵ Las razones de este fracaso son de diverso tipo, entre ellas la escasez de recursos y las precarias condiciones en que se encontró el funcionamiento de la administración pública, la inexperiencia de los funcionarios del nuevo gobierno y la existencia de un juego político donde predominan los procesos de fragmentación dentro de las fuerzas oficialistas. Mientras tanto, ningún gobierno de la nueva izquierda parece estar dispuesto a avanzar decididamente hacia el objetivo de la reducción de la desigualdad. Y

¹⁵ Entre 2002 y 2006, la pobreza cayó de 43% a 40% y la indigencia se redujo del 19% a 16%, CEPAL, *Social Panorama of Latin American 2005 y 2006*, www.eclac.cl, marzo y noviembre 2006.

entonces, en todos los casos considerados, en contradicción con su carácter por definición provisorio, los programas de asistencia a la emergencia social se van transformando en parte de la vida cotidiana de la gente.

Cuarto dilema: ¿más mercado o más Estado?

En el campo de las ideas han ocurrido transformaciones de importancia que guardan una estrecha relación con el rumbo seguido por los nuevos gobiernos. Hasta hace poco más de una década y media, siguiendo la tradición del marxismo occidental todas las fuerzas de izquierda latinoamericanas adherían a alguna versión del socialismo y la democracia representativa era considerada un momento oportuno para la organización y acumulación de fuerzas. La frustrada experiencia de Salvador Allende en Chile habría confirmado (aparentemente) que la vía reformista no tenía futuro en el continente, y en mayor o menor medida, se repudiaba al capitalismo y se veía con desdén a quien defendiera propuestas de modernización dentro de ese sistema. Obviamente se criticaba el imperialismo y condenaba enfáticamente todo avance (pacífico o militar) de Estados Unidos en la región.¹⁶

Cuando en los años '70 las bases del estado keynesiano comenzaron a ser atacadas por los procesos de liberalización de la economía, la izquierda latinoamericana acentuó sus posiciones pro Estado, considerando al neoliberalismo la causa de todos los males. Como la madre de todas las batallas estaba en pleno desarrollo, el enemigo neoliberal pro mercado y antiestatista estaba convenientemente identificado y era una rareza encontrar fuerzas o siquiera individuos que se definieran de izquierda y defendieran alguna forma de desarrollo económico y social basado en el mercado.

En los años '90, luego del fin del comunismo soviético, el derrumbe del Estado desarrollista y la imposición de la hegemonía neoliberal, la izquierda

¹⁶ Cfr. BOERSNER, D. "Gobiernos de izquierda en América latina. Tendencias y experiencias", en *Nueva Sociedad*, N° 197, mayo-junio, 2005.

latinoamericana se vio envuelta en una profunda crisis, con graves problemas de identidad y fraccionamientos internos. Asumiendo una actitud pesimista ante sus propias posibilidades como fuerza política, realizó diversas rectificaciones ideológicas a la manera de sus pares europeos, con el objetivo de posicionarse hacia el centro político. El resultado fue el nacimiento de una izquierda nueva, distinta a la izquierda tradicional, que por un lado impulsaba la inserción de sus países en el proceso de globalización capitalista tanto como la competencia y la inversión privada, y por otro lado, defendía de la igualdad de oportunidades como un derecho que debía garantizar la propia sociedad más allá del mercado.¹⁷

En toda la región, el proceso de actualización ideológica significó que antes de ganar las elecciones la nueva izquierda latinoamericana elaboró un proyecto de gobierno con una serie de ideas fuerza para captar al electorado conservador, las mismas que le permitieron después construir las bases para legitimar sus administraciones.¹⁸

La gran novedad respecto al pasado reciente fue que la nueva izquierda postula la necesidad de alcanzar un equilibrio entre Estado y mercado. No se trata de decir aquí que la nueva izquierda desarrolla concepciones neoliberales, porque sería una conclusión demasiado simplista o sin fundamentos. Desde mediados de los '90, el discurso programático de la nueva izquierda fue que los mercados perfectos no existen, que ellos tienen fallas y que el papel del Estado será insustituible para regularlos dentro del esquema capitalista dominante. Este último aspecto fue una diferencia crucial con el neoliberalismo a ultranza. Pero ya en el gobierno, dentro de ese marco de acuerdo general, fue posible distinguir dos posiciones: los que se inclinan por reforzar el papel del Estado en el proceso de desarrollo productivo y social (Venezuela y Bolivia) y los que se consideran que el papel del Estado es excesivo y por tanto debe limitarse a regular el mercado (Chile, Brasil, Uruguay).

¹⁷ Cfr. entre otros BOBBIO, N. *Izquierda y derecha. Razones y significados de una distinción política*, Madrid, Taurus, 1998; GIDDENS, A. *La Tercera Vía*, Taurus, Madrid, 1999.

¹⁸ Véase TRIGUBOFF, M.; EBERHARDT, M. L. y ALESSANDRO, M. "Los partidos de izquierda en el Cono Sur: El Partido de los Trabajadores, el Frente Amplio y el Partido Socialista de Chile en perspectiva comparada", *Ponencia LASA*, marzo 2006. También MAYORGA, F. "La izquierda campesina e indígena en Bolivia: el Movimiento al Socialismo (MAS)", *Ponencia al VII Congreso de la SAAP*, Córdoba, noviembre 2005.

En este último caso significó asumir necesariamente las posiciones programáticas de quienes impulsaron las reformas neoliberales, paradójicamente cuando éstas mostraban los primeros signos de fracaso. Por ello es que hoy vemos sin asombro que la izquierda denominada moderna y pragmática consolida las reformas neoliberales, aunque al mismo tiempo trata de fortalecer la capacidad estatal para formular políticas de desarrollo, o se limita a dictar reglamentos y fiscalizar los mercados a través de agencias independientes del gobierno de turno.

En síntesis, gran parte de los latinoamericanos son gobernados por una nueva izquierda que administra los asuntos públicos legítimamente, tras haberse convertido en *partido del orden* con concepciones procapitalistas, con énfasis en el mercado o en el papel rector del Estado. Sus bases de legitimación son, pues, distintas al pasado y definitivamente el socialismo fue cayendo en desuso o quedó, por inercia, como mero discurso de confrontación con los sectores de derecha o conservadores.

Balance y perspectivas: ¿continuidad o cambio?

El acceso al gobierno implicó para la nueva izquierda latinoamericana asumir un juego con reglas completamente diferentes al pasado. Ya no alcanza con ser un fiscal eficiente de gobiernos impopulares, sino de ser vista y juzgada como hacedora de las políticas públicas y responsable de responder a los desafíos de profundizar la democracia y alcanzar la justicia social. ¿Podrá hacerlo con éxito? ¿Estamos ante la posibilidad de un giro hacia la izquierda del continente o se trata de una fase más del ciclo anterior?

Luego de pasado un tiempo razonable, que en algunos casos corresponde aproximadamente a un período de gobierno (Venezuela, Brasil, Argentina y Chile), y en otros a un tercio (Uruguay) o al menos un año (Bolivia) inevitablemente es necesario evaluar si estamos ante procesos de cambio o continuidad, y si los resultados de las políticas de la nueva izquierda gobernante se corresponden con los objetivos que se habían propuesto. Aunque falta avanzar en la investigación y la contemporaneidad de los acontecimientos opaca la posibilidad de tener

respuestas definitivas, respecto del primer interrogante resaltan los elementos de continuidad sobre los del cambio, mientras que en el segundo, es palpable la existencia de luces y sombras en las gestiones de los gobiernos de la nueva izquierda.

Existen casos como Chile, Brasil y Uruguay que expresamente han renunciado a realizar transformaciones estructurales, mientras que Venezuela y Bolivia si bien muestran una vocación fuertemente transformadora, sus posibilidades de éxito aún presentan muchísimas interrogantes.¹⁹ En la dimensión institucional, por ejemplo, la nueva izquierda asegura un funcionamiento adecuado de las condiciones formales de toda democracia. Pero respecto a la calidad de la misma, entendida como el desarrollo de la participación ciudadana y de los mecanismos de rendición de cuenta así como el fortalecimiento de las instancias de representación política, no se han visto mejoras sustanciales. La gobernabilidad del sistema es la preocupación fundamental y las propuestas de innovaciones van quedando sepultadas bajo la lógica de la *realpolitik*. Incluso, el tema va desapareciendo como asunto de interés para la opinión pública.

Respecto a la dimensión de las políticas públicas desarrolladas para alcanzar la justicia social, como queda dicho, las mismas se han visto confinadas a programas sociales focalizados de asistencia a los sectores pobres, que son similares a los de la fase neoliberal y cuyos beneficios se adjudican siguiendo los conocidos criterios del clientelismo político. Aunque todavía resulta demasiado complejo predecir si se alcanzará o no a integrar al mercado a los grandes sectores sociales excluidos de los beneficios del crecimiento económico, y mucho menos, si se alcanzará a reducir la brecha entre ricos y pobres, existen una coyuntura económica favorable y, aunque ambigua, una voluntad política para hacerlo. En síntesis, la nueva izquierda latinoamericana que al inicio de su gestión de gobierno debe enfrentar asuntos tales como prácticas de baja calidad de la democracia latinoamericana, riesgos inminentes de colapso social y ausencia de

¹⁹ En el caso uruguayo se ha renunciado al cambio estructural y en su lugar hay una estrategia gubernamental de adopción, complementación y corrección de las reformas pro mercado, véase Panizza, F “Economic constraints and strategic choices: The case of the Frente Amplio of Uruguay first year in office”, Sao Paulo, 3er Congreso ALACIP, setiembre 2006.

alternativas para enfrentar el descrédito de la política, es posible que no logre revertir estas tendencias, dado los magros resultados que se observan. Lógicamente es esperable que se sucedan elecciones libres y sin fraudes pero sin que se logren avances en la calidad de la democracia. Es posible que se implemente mayor cantidad de programas sociales pero que la justicia social permanezca en el horizonte de lo deseable, y que el quehacer oficialista muestre cierta estabilidad en base a prácticas sorprendentemente continuistas en las maneras tradicionales de hacer y pensar la política. En definitiva, posiblemente en el futuro cercano los latinoamericanos se encuentren en una situación mejor que a comienzos de siglo. Pero, seguramente, seguirán tan lejos del mundo nuevo como entonces.